

Lecturas

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Rompecabezas de amor

De amor y odio, de libertad y fanatismo, de equívocos y mentiras, y de otros registros del alma humana, se nutre esta extraordinaria novela epistolar del premio Príncipe de Asturias israelí Amos Oz (1939). Armada como un rompecabezas, *La caja negra* (1987), que tanto ha tardado en ser traducida al castellano, se lee como si fuera una ficción de intriga y misterio, lo cual es un elevadísimo mérito del autor, ya que su materia prima es una relación de pareja, convenientemente salpicada de lirismo, brutalidad y pinceladas de humor. Una mujer escribe a su ex marido, siete años después del divorcio, para informarle del mal camino que emprende el hijo de ambos. A partir de ahí, las sorpresas aguardan en cada página. La caja negra reconcilia al lector, ahito de bazofia industrial envuelta en celofanes, con el noble arte de la novela.



La caja negra

AMOS OZ

Siruela
296 páginas



La vida en el campo

GIOVANNI VERGAI

Periférica
152 páginas



La odisea de la memoria Historia de la memoria en España en el siglo XX

JOSEFINA CUESTA

Alianza
496 páginas



Que no muera la aspidistra

GEORGE ORWELL

Tusquets
310 páginas

Los de más abajo

El italiano Giovanni Verga (1840-1922) se inició en la narrativa con obras de aliento patriótico, acordes con el nacionalismo unificador que vivía la península italiana en las décadas centrales del siglo XIX. No tardaría mucho, sin embargo, en orientarse hacia el realismo y el naturalismo, lo que, en 1880, le puso en situación de publicar esta colección de relatos que tanto habría de influir en los escritores del cambio de siglo. Decir que en estos cuentos Verga se ocupa de los humildes puede ser hasta una invitación a no leerlos. Error. Maestro del quiebro poético y la contención, Verga es el primer gran escritor de la Italia moderna y D Annunzio, Pirandello, Pavese, Pasolini o Visconti lo tuvieron en sus altares.

Para tocar menos de oído

Estamos ante una obra académica científica, les gusta decir a algunos humanistas con complejos, por lo que no cabe esperar de *La odisea de la memoria* frases incendiarias útiles para arrojar en charlas de tertulianos y columnistas a la violeta. Josefina Cuesta, catedrática de Historia Contemporánea, presenta por el contrario al lector un estudio en tres partes en el que indaga en las relaciones entre memoria e historia antes de abordar la construcción y destrucción de la memoria colectiva en la II República, el franquismo y la democracia.

Un mundo en el acerico

Que no muera la aspidistra fue la última novela que publicó Orwell (1903-1950) antes de venirse a zambullirse en la Guerra Civil. De estas lides salió *Homenaje a Cataluña*, pero, antes de sentir la sangre en la piel, Orwell había dirigido su mirada hacia los hogares burgueses británicos de la década de 1930, en los que nunca faltaba la planta de moda, la aspidistra. Y como una de las mejores maneras de profundizar en lo que representa un grupo social es relatar la peripecia de quienes desertan, Orwell usa como bisturí a un publicista metido a poeta bohemio.

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

Un clavo, un mito y tres pesetas



Decía Gil de Biedma que él no quería ser poeta, que lo que quería es ser poema. Alejandro Sawa quiso menos ser escritor que ser literatura. Y ciertamente lo consiguió. Ya antes de que Valle-Inclán lo transfigurara para siempre en Max Estrella andaba por novelas de Pío Baroja y de Joaquín Dicenta, era protagonista de innumerables, fantásticas anécdotas.

En *Alejandro Sawa, luces de bohemia* Amelina Correa trata de separar, con documentación nueva, la persona del personaje. Empresa difícil. Sawa siempre "vivió en libro", como afirma Rubén Darío en el prólogo a *Iluminaciones en la sombra*. Todo lo que dice de sí mismo debe ser tomado con una cautela que incluso Amelina Correa olvida de vez en cuando.

Alonso Zamora Vicente ha estudiado con minuciosidad los detalles realistas del esperpento de Valle-Inclán, pero nadie se ha ocupado de analizar los elementos de ficción que de *Luces de bohemia* pasaron a las memorias que evocan a Sawa. El ejemplo más característico es el del clavo que aparece en una de las acotaciones finales: "Velorio en un sotabanco. Madame Collet y Claudinita, desgredadas y macilentas, lloran al muerto, ya tendido en la angostura de la caja, amortajado con una sábana, entre cuatro velas. Astillando una tabla, el brillo de un clavo aguza su punta sobre la sien inerme".

A propósito de esas líneas, Zamora Vicente comenta: "Realmente, ese clavo no tiene mucho que hacer dentro de la armonía total del esperpento, ni siquiera en la de la escena. Pero es que resulta que el tal clavo existió, y existió como Valle lo retrata, y que, probablemente, el hecho de que ese clavo hiriera en la sien de Sawa, produjo la suficiente impresión estremecedora para que no fuera olvidado".

¿Existió ese clavo? Es posible, pero no aparece mencionado en ningún testimonio anterior a la publicación de *Luces de bohemia*. Eduardo Zamacois se refiere a él en la versión final de sus memorias, de 1969, pero no en la primera redacción, *Años de miseria y de risa*, terminadas en diciembre de 1915.

Lo menciona igualmente Hernández Luquero en los artículos sobre Sawa escritos más de medio siglo después de su fallecimiento, pero no en el publicado a los pocos días, el 9 de marzo de 1909: "En la estancia, en silencio, sólo era luminosa la frente blanca del artista iluminada aún, diríase, por la luz interior que encendió esplendorosamente de los más puros matices toda la urdimbre de sus soberbias quimeras, la luz que iluminó en cerebro creador".

Adelina Correa, a pesar de los muchos precisos datos desconocidos que ofrece, sigue sin diferenciar del todo la realidad del mito. Acepta, sin ninguna comprobación documental, que Sawa escribió ocho de los artículos de Rubén Darío publicados en *La Nación*. Eso es lo que afirma el propio Sawa en una carta menos de amigo que de chantajista, pero más verosímil resulta que el laborioso Rubén hiciera de negro que lo contrario. El indolente Sawa, en los últimos veinte años de su vida, apenas fue capaz de pergeñar un puñado de artículos, publicados más de una vez con pequeños cambios, bas-

tantes de los cuales pasaron a formar parte de su libro póstumo.

Alejandro Sawa, al contrario que Max Estrella, era un figurón sin demasiado talento. En los años ochenta redactó apresuradamente truculentas novelas en burda caricatura del naturalismo.

Buena parte de la década siguiente la pasó en París y allí se hizo un nombre, más por su gallarda figura, de la que siempre se mostró orgulloso, y por sus amistades cono- cía a todo el mundo que podía serle de alguna utilidad que por su obra, escasa o inexistente.

Inventó un sistema para ganar en los casinos, y de ese sistema, y de los ingenios que confiaron en él y le prestaron dinero, vivió algún tiempo.

Cuando volvió a España, quiso seguir viendo de su aspecto y su labia. Era el amigo de Verlaine, el mesías del simbolismo. Hablaba con acento francés, fingía que se le había medio olvidado el español, miraba a todo el mundo por encima del hombro y escribía cartas muy literarias a los amigos que habían triunfado en las que siempre acababa pidiendo dinero.

Pío Baroja cuenta, en 1917, contó una anécdota característica del personaje, al que había conocido en Fornos: "La verdad es que no había leído nada suyo, pero me impuso su aspecto. Fue tras él, dispuesto a hablarle, pero no se atrevió".

Se lo encontró unos meses después, en Recoletos, y Sawa, que iba acompañado del francés Fortuny, trató de deslumbrar al tímido novelista con su facha y su facundia. Después de varias consumiciones, que pagó Baroja, le pidió tres pesetas. "No las tengo", le respondió. "¿Vive usted muy lejos?", "No, bastante cerca", "pues vaya a buscarlas". Baroja fue a buscarlas y, a la vuelta, Sawa salió a recibirle a la puerta de la taberna, cogió el dinero y le dijo: "Ahora puede usted marcharse".

Con esa experiencia, nada tiene de extraño que Baroja no se dejara deslumbrar luego por la mitificación valle-inclanesca y siguiera hablando de Sawa en sus memorias como de un mediocre escritor que trató de vivir del cuento y acabó de mala manera.

Ciertamente, Sawa no era el genio desdichado por la sociedad que quiso hacer creer y que algunos creyeron que era. Su mejor libro, *Iluminaciones en la sombra*, no vale más que cualquiera de las recopilaciones de crónicas de Gómez-Carrillo.

El Alejandro Sawa que nos interesa no es el descendiente de unos emigrantes de Es- mirna quizá judíos que llegaron a Andalucía a mediados del XIX y que probó suerte con el naturalismo de Zola antes de hacerlo con las delicuescencias finiseculares de Verlaine, sino el personaje literario capaz incluso de convertir en recuerdo verdadero el falso clavo que le hirió en la frente cuando se encontraba en el ataúd.

Alejandro Sawa, luces de bohemia

AMELINA CORREA RAMÓN

Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2008